

¿HAY ENCUADRE SIN GÉNERO?
IS THERE SETTING WITHOUT GENDER?
EXISTE UM ENQUADRAMENTO SEM GÊNERO?

Mercedes Martín Galante

Asociación Uruguaya de Psicoanálisis
de las Configuraciones Vinculares
Montevideo, Uruguay

Correo electrónico: mercedes.martin.galante@gmail.com

ORCID: 0000-0001-9046-1238

Recibido: 16/2/2021

Aceptado: 15/3/2021

Para citar este artículo / To reference this article / Para citar este artigo

MARTÍN GALANTE, M. (2021). ¿Hay encuadre sin género? *Equinoccio. Revista de psicoterapia psicoanalítica*, 2(2), 17-34. DOI: doi.org/10.53693/ERPPA/2.2.1.

Creative Commons Reconocimiento 4.0 Internacional (CC BY 4.0)

Resumen

El artículo reflexiona sobre aspectos teóricos y técnicos que surgen de la inclusión de la categoría de género en la práctica psicoanalítica. Se conceptualiza sobre la categoría de género y se mencionan algunas modificaciones que esta perspectiva supone respecto a la teoría psicoanalítica clásica. A posteriori, se expone un fragmento de intervención clínica que invita a considerar la pertinencia de flexibilizar el encuadre cuando el paciente se encuentra inmerso en situaciones de vida particularmente angustiantes, que parecen sin salida.

Palabras clave: encuadre psicoanalítico, teoría psicoanalítica, género, terapeuta.

Abstract

This article reflects on theoretical and technical aspects that arise from the inclusion of the gender dimension in psychoanalytic practice. We conceptualize on the category of gender and mention some modifications that this perspective supposes with respect to classical psychoanalytic theory. A posteriori, a fragment of clinical intervention is exposed to reflect on the relevance of making the setting more flexible when the patient is immersed in particularly distressing life situations that seem to have no way out.

Keywords: psychoanalytic setting, psychoanalytic theory, gender, psychotherapist.

Resumo

O artigo reflete sobre aspectos teóricos e técnicos que emergem da inclusão da dimensão de gênero na prática psicanalítica. Apresentam-se conceitos sobre a categoria de gênero e mencionam-se algumas alterações que esta perspectiva supõe em relação à teoria psicanalítica clássica. Posteriormente, expõe-se um trecho de intervenção clínica que convida a considerar a pertinência de flexibilizar o enquadramento quando o paciente está inserido em situações de vida especialmente angustiosas, que parecem não ter saída.

Palavras-chave: enquadramento psicanalítico, teoria psicanalítica, gênero, terapeuta.

Me doy vuelta hacia tu lado,
en el lecho o la vida,
y encuentro que estás hecha de imposible.
Me vuelvo entonces hacia mí
y hallo la misma cosa.
Es por eso
que aunque amemos lo posible,
terminaremos por encerrarlo en una caja,
para que no estorbe más a este imposible
sin el cual no podemos seguir juntos.

Roberto Juarroz (1958, s. p.)

INTRODUCCIÓN

La inclusión de la categoría de género en la práctica psicoanalítica implicó repensar aspectos teóricos y técnicos. Al momento de titular este trabajo valoré algunos términos en busca del que se ajustara más a lo que quiero transmitir. ¿Es que el género se ha *incluido* en la práctica? ¿Ha *impactado* en ella? ¿La ha *influido*? ¿Podemos hablar de lo que ha permitido *incorporar*? ¿Ha aportado a su *actualización*? Quizás todos los términos supongan connotaciones arriesgadas y valga la pena asumir directamente que no hay encuadre sin género. Esto no implica que los terapeutas¹ entiendan la categoría de género de manera homogénea.

¹ En adelante, utilizaré las formas de género gramatical con las que naturalmente me surge escribir y que, entiendo, agilizan la lectura. Ello no implica que desconozca la complejidad intrínseca del tema, así como tampoco la existencia de diversidad de géneros.

Un artículo publicado en el diario *La Nación* de Argentina, titulado «La perspectiva de género al diván: los pacientes ahora cuestionan a sus terapeutas» (André, 2018), presenta la opinión de Leticia Glocer Fiorini, expresidenta de la Asociación Psicoanalítica Argentina. Ella plantea que las perspectivas de género

Amplían la comprensión de muchos conflictos personales, de pareja, familiares y grupales vinculados a fenómenos de violencia de género, inequidades entre hombres y mujeres, así como las sexualidades e identidades no convencionales. Estas perspectivas analizan la fuerte influencia de discursos y prácticas sociales de orden androcéntrico, sobre los conceptos de diferencia sexual y de género y que tienen efectos en la clínica. (André, 2018, párr. 4)

Así como la psicoanalista destaca la forma en que el género amplía la comprensión de muchos conflictos, un posicionamiento más contundente como el de Norberto Inda (1996) supone que las determinaciones de género pueden aportar al síntoma y colaboran a generar pautas rígidas, lo cual complejiza ese proceso cuando se produce sin generar egodistonia.

CONCEPTUALIZACIÓN

Tal como lo venimos viendo, es posible entender el género como un concepto nuevo que brinda cierta solución a determinados problemas, o bien considerarlo como parte del problema mismo. La literatura rioplatense hace pensar que los terapeutas tendemos a posicionarnos respecto a este tema más por razones ideológicas que teóricas. Asimismo, que un artículo publicado por un medio masivo de comunicación plantee el tema desde la perspectiva de los pacientes reconoce el estatuto social del

género y evidencia su naturaleza política, en tanto categoría que opera sobre escenarios también políticos: los espacios en los que se desarrollan prácticas para una mejor salud mental.

Si el sexo refiere a lo biológico, el género se asocia a un sentido otorgado por la cultura. Como el individuo es permeable al contexto social y cultural, nada de lo referido al género posee un estatuto de naturalidad. Para Ana María Fernández (1997), reconocer la constitución intersubjetiva del psiquismo conduce a repensar la sexualidad y a descentrarla del lugar que ocupaba para la comprensión de todo lo subjetivo. Desde el punto de vista teórico, aquel descentramiento le exigió al psicoanálisis la realización de *trabajos deconstructivos* por haberse antes instituido como un *gran relato* cuya narrativa se ofrecía cual teoría completa, omnipotente. Como consecuencia, la teoría debió reconstruirse sobre la base del cruzamiento con otras disciplinas y categorías de análisis como la raza, la etnia, la clase social y la edad, que, así como el género, suponen dejar atrás la comprensión ilusoria y binaria de las diferencias.

Como categoría que se construye en relación intersubjetiva, el género supone una primera diferencia de perspectiva respecto a la teoría psicoanalítica clásica, focalizada en la identificación del niño o la niña con alguno de los padres en el entramado del Edipo. Extender la mirada de lo intrapsíquico e incorporar el registro vincular permite pensar que

El aspecto intersubjetivo —el significado social del género— es constante a lo largo del desarrollo, puesto que las representaciones conscientes e inconscientes de la madre y el padre, de lo femenino o lo masculino, se incluyen en sus modalidades de interacción y en el modo en que cada miembro de la pareja se relaciona con el otro. La incorporación que el niño hace es de una relación más que de una figura, la relación constituye el núcleo del proceso. (Dio Bleichmar, 2010, párr. 24)

Los padres también evidencian que el género está presente desde el origen en tanto poseen y transmiten representaciones vinculadas al fantasma de género asociado al hijo o hija. En paralelo a este circuito identificatorio se va estableciendo lo que entendemos como identidad de género, tanto en el niño como en la niña, en tiempos previos al tránsito edípico y a la definición de la orientación sexual. Esta perspectiva permite diferenciar la identidad de género de la orientación sexual, que surgen de procesos independientes. Tanto Robert Stoller (1968), al desarrollar el concepto de *núcleo de la identidad de género*, como posteriormente Jean Laplanche (1980), al cuestionar el *método mito simbólico*, plantean que, por su origen social, la asignación de género precede a la capacidad de simbolizar lo sexual. El proceso de generización (y un importante espectro de prescripciones asociadas) se puede proponer, como lo hace Bonder (1999), como fundante y simultáneo del de subjetivación. Así, reconocido el carácter constitutivo del género sobre la subjetividad, podemos reconocerlo también como categoría psicoanalítica. Algunos postulados clásicos que se vieron afectados por la incorporación de la categoría de género fueron la definición del trauma como inherente al descubrimiento de la diferencia sexual, el reconocimiento de variadas fantasías en la mujer que no se asocian real o simbólicamente al falo, la maternidad como parte del destino de la mujer y el cuestionamiento de la envidia del pene y del complejo de castración como piedras angulares del desarrollo psicosexual de la niña.

Finalmente, una consecuencia identificable es reconocer la categoría de género como cambiante. Así como el análisis freudiano da cuenta, en historiales clínicos como el de Dora, de la tipificación de pacientes mujeres por su carácter fálico (Freud, 1989), la perspectiva de género no facilita la simplificación o el establecimiento de relaciones causales, lineales, entre componentes del psiquismo. Según lo recupera Judith Butler de Simone de Beauvoir, el género no es un constructo acabado y, por tanto,

no ejerce un determinismo ineludible. Me refiero a la obra *El género en disputa: feminismo y la subversión de la identidad*, en la que Butler (1990) dialoga con *El segundo sexo* de De Beauvoir (1949). La mutabilidad de lo genérico se relaciona con que es parte de la representación del sí mismo, componente del sistema narcisista y de ideales. Esto permite entender la presión por cumplir con los mandatos y asignaciones atribuidas al género. Tal como lo plantea Elina Carril (2000), la imposibilidad de cumplir con esos ideales puede traer aparejadas pérdidas yoicas que amenazan el equilibrio narcisista, con lo cual el psiquismo se enfrenta a la necesidad de desinvertir esas ligaduras para invertir otros ideales. Este es un punto en el cual la ideología del terapeuta se pone en juego nuevamente, ya que en ese proceso generador de padecimiento debería posicionarse como promotor de cambios necesarios y no como aliado de identificaciones sexistas.

Jorge Rosa (1989) se refiere a la neutralidad del analista como un imposible, en tanto implica una ausencia ideológica; citando a Fanny Schkolnik afirma que: «la regla de abstinencia no se cumple nunca en forma estricta, de tal forma que el análisis bascula entre la transgresión y la abstinencia» (Rosa, 1989, p. 40). Considero que las pacientes que son víctimas de violencia de género exigen pensar en profundidad sobre el cuidado del encuadre y la neutralidad, ya que el temor a la transgresión puede conducirnos a una posición de pasiva complicidad. Es importante tener en cuenta que

Este padre autoritario y/o golpeador y maltratador de la madre ubica a las niñas como testigos, que van incorporando en su proceso de subjetivación el rol pasivo y el sometimiento como respuesta. La identificación con la madre abre el camino para el establecimiento y fijación de una relación de abuso. (Allegue et al., 2014a, p. 67)

SITUACIÓN CLÍNICA²

Susana llega a la consulta a partir de la recomendación de su hija, que está cursando una psicoterapia y considera que podría ser un proceso beneficioso también para su madre. La paciente convive con su hija y su nieto (hijo de esta), con su hijo y con su madre. Son una familia trabajadora de origen humilde.

SUSANA: Te cuento más o menos. Tengo dos hijos adolescentes, de diecinueve y veintiún años. Trabajo en un residencial para adultos mayores. Estoy medio desbordada por todo, angustiada. Por problemas familiares. Sin ganas de nada, en una palabra. Tengo a mi mamá, de setenta y nueve, que vive conmigo. Mi hijo es de carácter fuerte, tengo miedo que sea como el padre. Nunca encuentro la manera de estar con él. Estoy un poco cansada de todo. A veces siento que lo único que me da fuerza es mi nieto de tres años. Con cuarenta y seis años quiero encontrar más sentido a la vida. Es como una inercia, que no hago nada con ganas.

TERAPEUTA: ¿Cuánto tiempo hace que se está sintiendo de esta manera?

SUSANA: Bastante. Esto viene de hace rato. El papá de mis hijos no es mi pareja actual. Cuando tenían cinco y seis años me vine de Porto Alegre con ellos por problemas de violencia doméstica. Tuve que salir adelante con ellos, siempre con miedo de que Mario viniera para Uruguay, porque es una persona violenta. En este momento él está preso allá. Según lo que supe, degolló a la pareja que tenía ahora. Siempre tuve miedo, miedo a que volviera. A veces pienso que ojalá se quede para siempre ahí adentro. Es una lucha constante por salir adelante. Vivo angustiada. Todo me pone mal y no me gusta estar así. No tengo fuerzas, veo a mi

2 Todos los nombres de personas y lugares fueron modificados para resguardar la identidad de los involucrados.

madre que tiene setenta y nueve años y tiene más fuerzas. Siento que en la vida hay muchas cosas para hacer y la verdad no tengo ganas.

En las sesiones siguientes continúan surgiendo temas que preocupan a Susana, vinculados a sus hijos y a la relación con su pareja actual, respecto a la cual plantea no estar sintiendo el mismo interés. El relato sobre su desgano y sus sentimientos de tristeza va dando lugar a recuerdos y sueños vinculados a vivencias traumáticas. El padre de sus hijos la golpeaba en la cabeza para que las huellas de los golpes no fueran visibles. Como no había señales, ella consideraba que sus hijos no sabían de esos golpes. Cuando los niños cumplían años, sus vecinos le permitían realizar el festejo en casa de ellos para evitar que quedaran señales de la celebración en su propia casa, ya que el padre había prohibido que se hiciera cualquier actividad de esa índole. Ella conseguía que sus hijos tuvieran su celebración, al mismo tiempo que convivía con el peligro de que fueran descubiertos. Los vecinos prometían no decir nada: «Nos querían mucho y sabían de lo que él era capaz...». Vivir era sobrevivir, nada más.

Avanzada la psicoterapia, Susana dirá que sus hijos no pueden haber desconocido esos golpes, que «seguramente algo sabían». Surge la posibilidad de hablar con ellos sobre lo nunca antes hablado. El hijo comienza psicoterapia y dice de él mismo: «No quiero ser como mi padre», lo que produce alivio en la paciente, siempre asustada por ese posible parecido que surgía del fantasma de género circulante en relación a su padre y abuelo.

Algunos meses después, Susana comienza a recibir mensajes de Mario, el padre de sus hijos, que le envía por Instagram. Le transmite que procurará acortar su sentencia para recuperar la libertad y el contacto con ellos luego de quince años, y expresa su intención de volver a estar todos juntos, en familia, cuando regrese al país. En los días que siguen a estos mensajes Susana pierde el sueño y el apetito. Los aspectos técnicos

a considerar son varios, en una situación que nos enfrenta al segundo tiempo del trauma y a mucha angustia. El trabajo analítico sobre el material que aporta en las sesiones permite develar fantasías inconscientes y recuperar recuerdos muy dolorosos que acrecientan la angustia y la ansiedad. Surgen sueños que develan fragmentos de su historia familiar. En uno de esos sueños ella y su padre caminan por la vereda y la policía se detiene para arrestarlo. La paciente expresa el dolor que esto le hizo sentir por la impotencia de no poder ayudarlo. Sin embargo, el padre, al que ella tanto quería, aparece en este segundo tiempo como un hombre también violento que golpeaba a su madre; entendimos que por ese motivo era arrestado en el sueño. La aprensión de Susana para con su madre podría asociarse con su sentimiento de culpa por no haber «roto con mi padre... Mis hermanos nunca más tuvieron relación con él». En el sueño recupera la fidelidad a su madre, de quien siempre habla de forma infantil, a cuyo cuidado se refiere como si del de una niña se tratara, haciéndose visible su identificación infantil con ella.

La perspectiva actual de Susana es aterradora: no tenemos cómo saber si lo que Mario dice en los mensajes sucederá ni cuándo. ¿Cómo continuar trabajando con lo inconsciente cuando la realidad desborda de esta manera? Susana me pregunta qué es conveniente hacer. Desde mi función de brindar sostén y seguridad, manteniendo un encuadre e interviniendo de la manera que estimo más oportuna, me doy cuenta de que no tengo respuesta a su pregunta. Sin embargo, la orientación es necesaria. No hacer algo vinculado directamente con la realidad de esas amenazas aportaría, una vez más, a naturalizar la inacción frente a la violencia, lo cual la legitimaría. Mantenerme en una posición de estricta neutralidad me haría ocupar el mismo lugar que aquellos vecinos que la querían mucho y al mismo tiempo compartían un silencio de pánico.

A tal punto compromete el tópico del encuadre, que Bleger (1967) lo propone como parte del esquema corporal del paciente:

es el esquema corporal en la parte en que el mismo todavía no se ha estructurado y discriminado; quiere decir que es algo diferente del esquema corporal propiamente dicho: es la indiferenciación cuerpo-espacio y cuerpo-ambiente. Por ello, con frecuencia, la interpretación de gestos o actitudes corporales resulta muy persecutoria, porque no ‘movemos’ el yo del paciente, sino su ‘meta-yo’. (p. 247)

Cuando Susana comenzó a darme detalles de cómo se sucedían los episodios de violencia con su exesposo, se acomodaba al borde del sillón y gesticulaba expresivamente. En una oportunidad relató que su esposo la golpeaba diciendo que él tenía control sobre su cabeza. «Me golpeaba acá, me tenía controlada por acá», me decía, dándose golpecitos con sus dedos sobre las sienes, para expresar que ella verdaderamente sentía que estaba controlada y que nunca podría dejar de estarlo. Semanas más tarde pude señalarle en una sesión cómo estaba golpeándose las sienes mientras me relataba una situación angustiante en relación a su hijo. Este funcionamiento alienante puede comprenderse si pensamos en las paradojas pragmáticas que hacen que en este vínculo Susana esté tan presa como lo estará su marido después. Estas paradojas, como lo formulan Pahn y Roitman de Woscoboinik (1993), no solamente la desacreditan y generan órdenes que ella debe cumplir, sino que tienen el peso de anticipar hechos, de generar predicciones. En el caso de Susana, una de esas predicciones enunciaba que siempre estaría controlada por el vínculo del que era parte, en el cual los golpes de Mario eran lo que más explícitamente se ponía de manifiesto.

Susana no me planteó explícitamente que la acompañara a determinadas oficinas para solicitar ayuda; tampoco me solicitó que averiguara sobre el paradero de Mario, que estaba preso y no se sabía exactamente dónde. Por otra parte, entendí que ella no solicitaría a otra persona el apoyo y la orientación que le estaban faltando, ni habría podido dar el

primer paso en soledad. Le planteé cómo veía la situación: ella se enfrentaba a pedir ayuda a nivel institucional para hacer frente a algo de lo que nunca había hablado; eso seguramente la haría sentir expuesta y podría reavivar sus temores. Sin embargo, hacerlo valdría la pena como parte de un proceso de reconstrucción personal y también por la realidad en la que estaba. Acordamos que yo le brindaría información sobre cómo presentarse en el Ministerio del Interior, así como el contacto de personas en organizaciones de la sociedad civil que trabajan con violencia basada en género. Una vez que dio los primeros pasos en ese sentido, pudimos trabajar en las sesiones sobre lo que iba surgiendo.

Asimismo, me ofrecí a acompañarla en caso de que su hija no pudiera hacerlo. Estábamos en otro tiempo de la toma de conciencia y el hecho de que la hija fuera con Susana hacía caer la desmentida acerca de que ellos nunca supieron de los golpes de su padre. El trabajo avanzaba en los espacios de sesión y también a través de algunos mensajes de texto los días entre sesiones. En paralelo a los avances de Susana, que lidiaba con su angustia al mismo tiempo que tomaba decisiones, me vi exigida de avanzar también, trascendiendo la idea clásica del encuadre como algo que debe permanecer invariante.

Bleger (1967) advierte que, así como la alianza terapéutica es con la parte sana del paciente, el encuadre implica una alianza con la parte simbiótica de su personalidad. En este caso, considero que mantener un encuadre rígido podía implicar un aumento de esa representación simbiótica, la misma que tenía en relación a su madre. Cabía tener presentes las palabras de Susana cuando decía: «Siempre tuve miedo, miedo a que volviera. A veces pienso que ojalá se quede para siempre ahí adentro». En su momento entendí que en este caso la inflexibilidad podía generar un claustro agobiante, que nos dejara *para siempre ahí adentro*, encarceladas para resguardarnos de Mario. Por otra parte, asumir un rol más activo podía contribuir a modificar una estructura de apego asociada a

lo negativo. Este tipo de estructura fue descrita por Anzieu y es la que mencionan Allegue et al. (2000) como la combinación de la pulsión de apego con la pulsión de autodestrucción, pasible de ser transmitida transgeneracionalmente.

Recientemente, la psicoanalista Irene Fridman planteaba que debemos interpelar los constructos subjetivantes que sostienen la violencia de género, y eso sin duda no deja por fuera a los espacios terapéuticos. Entiendo que, como también señala ella, ha sido nefasto el efecto iatrogénico que históricamente ha tenido la interpretación del masoquismo en la mujer como origen de la violencia de género (Fridman y Sicardi, 2021).

Finalmente, me parece oportuno recuperar la visión de Fernando Ulloa (1964), quien define el encuadre como estructurado por cuatro elementos:

- 1) Las condiciones materiales del campo.
- 2) El proyecto del mismo.
- 3) El esquema científico, metodológico y técnico.
- 4) El estilo personal del operador.

Cuando a partir de un esquema científico y metodológico soportado en un estilo personal, se administra un proyecto clínico (adiestramiento, consulta, interconsulta, etc.) es fácil establecer qué es lo que se puede y lo que no se puede. (p. 25)

En el trabajo con Susana, el surgimiento de algunas situaciones dilemáticas hizo que me fuera difícil discriminar si lo que acontecía en el campo tenía que ver con mi estilo personal o bien con modificaciones técnicas que implicaban definir el marco de trabajo con mayor flexibilidad. El postulado de Ulloa (1964) de que, asegurándose la sinergia entre los cuatro elementos principales del encuadre, se podría establecer fácilmente qué se puede hacer y qué no, debería quizás ser revisado a la luz de

la práctica clínica de las últimas décadas (que, entre otras cosas, ha hecho posible pensar con más profundidad en la diferencia entre psicoanálisis y psicoterapia psicoanalítica). Entiendo que incluso el más rico marco teórico, con una oportuna supervisión y análisis personal, no nos libera de puntos ciegos que nos hacen creer que algo se puede o no se puede, sin que luego podamos dar cuenta a cabalidad de lo que nos motivó.

CODA

El poema que elegí como epígrafe me pareció una definición recursiva de lo ajeno del vínculo, particularmente cuando hay violencia y opresión. En ese tipo de vínculos,

se observa la tendencia narcisista de saber todo del otro, del no reconocimiento de los espacios no compartibles que encierra todo vínculo. Lo propio y lo ajeno se torna difícil de discriminar y el intento de autonomía de alguno de ellos es vivido como aniquilación. (Allegue et al., 2014b, p. 77)

Susana había escapado de ser aniquilada cambiándose de país. El retorno de las amenazas la exponía a que su cabeza fuera controlada nuevamente, al peligro real. En el orden simbólico, la cadena de sucesos la hizo recuperar un hecho que había sido desmentido, como lo había sido la violencia de su padre hacia su madre hacía muchos años y, después, sus propios golpes. Este hecho es un episodio de Mario con la pareja que tenía antes de vincularse con Susana. Se trata de una situación violenta en la que él arrastra por el piso a su pareja por varios metros en una plaza pública. Susana no tiene claro cómo sabe de esa situación: si la vio o se la relataron, pero sabe que sucedió. Ella se pregunta cómo

pudo haber emprendido una relación con Mario conociendo este hecho. El material emerge durante su tránsito terapéutico, alejándola del terreno de la desmentida.

En nuestra disciplina, el género comenzó a ser repensado, entre otras cosas, por la necesidad de escuchar a los consultantes de una forma que la teoría clásica no habilitaba. Se trataba de una escucha ligada a la lógica patriarcal, que desestimaba posiciones sobre el género y la sexualidad, así como también modalidades vinculares. Interpelar e interpelarnos sobre el género permite que los terapeutas escuchemos los padecimientos vinculados a este y sostengamos, al mismo tiempo, el trabajo de dislocar el *cuero doctrinal psicoanalítico* (Fernández, 1997). Es de celebrar que actualmente la mayoría de los terapeutas no suelen tener una relación atávica con la teoría clásica, probablemente porque ya no les genera algún tipo de apego seguro y, menos aun, a sus pacientes.

En la cita que sigue, las mayúsculas del texto original de la autora no dejan lugar a dudas sobre la importancia del género en la historia de nuestra cultura:

Henos aquí, por consiguiente, solos y abandonados en el cuarto con el durmiente Orlando y con las trompetas. Las trompetas, una al lado de la otra, emiten un terrible estruendo, uno solo: ¡LA VERDAD! Y Orlando despertó. Se desperezó. Se levantó. Se irguió completamente desnudo ante nuestros ojos, y mientras las trompetas rugían: ¡Verdad! ¡Verdad! ¡Verdad!, no tenemos más opción que confesarlo: él era una mujer. La voz de las trompetas se apagó y Orlando permaneció de pie completamente desnudo. Nadie, desde que el mundo comenzó, ha sido más hermoso. Su silueta combinaba la fuerza del hombre y la gracia de la mujer. Mientras, las trompetas de plata prolongaron su nota, como si les doliera abandonar la bella visión que había provocado su estruendo;

y la Castidad, la Pureza y la Modestia, inspiradas, sin duda, por la Curiosidad, asomaron por la puerta y arrojaron a la silueta una especie de toalla que, desgraciadamente, erró por unas pulgadas. (Woolf, 2018, pp. 125-126)

La Curiosidad aporta lo suyo para repensar algunos aspectos vinculados a la práctica psicoanalítica. Si en el pasado la Verdad sobre Orlando, a la que se refería Virginia Woolf (2018), podía ser vista como la verdad sobre un fenómeno extraño, en nuestro tiempo la verdad bien podría surgir de los distintos grados de consciencia personal sobre el periplo de la generización; periplo ineludible que, en el caso de los terapeutas, obliga a tener en cuenta al propio género como variable del campo.

§

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALLEGUE, R., CARRIL, E., BADEL, C., CORDANO, B., DONDO, G., MENDY, A. M., MUNIZ MARTOY, A., PUYESKY, G., QUIRICI, T. y VAEZA, R. (2000). El género en la construcción de la subjetividad: Un enfoque psicoanalítico. En L. De Souza, L. Guerrero y A. Muniz Martoy (comps.), *Femenino-Masculino: Perspectivas teórico-clínicas* (pp. 19-32). Psicolibros.
- ALLEGUE, R., CARRIL, E., KOHEN, V. y TEJERÍA, S. (2014a). Violencia doméstica y psicoanálisis: Parte I. *Revista de Psicoterapia Psicoanalítica*, 8(3), 57-72.
- ALLEGUE, R., CARRIL, E., KOHEN, V. y TEJERÍA, S. (2014b). Violencia doméstica y psicoanálisis: Parte II. *Revista de Psicoterapia Psicoanalítica*, 8(3), 73-85.

- ANDRÉ, A. (2018, marzo). La perspectiva de género al diván: Los pacientes ahora cuestionan a sus terapeutas. *La Nación*.
www.lanacion.com.ar/sociedad/la-perspectiva-de-genero-al-divan-los-pacientes-ahora-cuestionan-a-sus-terapeutas-nid2114753
- BLEGER, J. (1967). Psicoanálisis del encuadre psicoanalítico. En *Simbiosis y ambigüedad: Estudio psicoanalítico* (pp. 237-250). Paidós.
- BONDER, G. (1999). Género y subjetividad: Avatares de una relación no evidente. En S. Montecino y A. Obach King (comps.), *Género y epistemología: Mujeres y disciplinas* (pp. 29-55). Universidad de Chile.
- BUTLER, J. (1990). *El género en disputa: feminismo y la subversión de la identidad*. Paidós.
- CARRIL, E. (2000). Femenino/Masculino: La pérdida de ideales y el duelo. En Asociación Psicoanalítica del Uruguay, *Los duelos y sus destinos: Depresiones, hoy* (vol. 2, pp. 140-148).
- DE BEAUVOIR, S. (1949). *Le Deuxième Sexe*. Gallimard.
- DIO BLEICHMAR, E. (2010). Otra vuelta más sobre las teorías implícitas del psicoanalista sobre el género. *Aperturas Psicoanalíticas*, 36.
www.aperturas.org/articulo.php?articulo=679
- FERNÁNDEZ, A. M. (1997). La diferencia como problema: Género y psicoanálisis. *Nómadas*, 6. www.redalyc.org/articulo.oa?id=105118999003
- FREUD, S. (1989). Fragmento de análisis de un caso de histeria (1905 [1901]). En *Obras completas* (vol. VII, pp. 1-107). Amorrortu.
- FRIDMAN, I. y SICARDI, L. (2021, junio). *Violencia de género y psicoanálisis: Abordajes y equipos de trabajo* [video]. Youtube. <https://www.youtube.com/watch?v=-ey266v3xY&t=1639s>
- INDA, N. (1996). Género masculino, número singular. En Dio Bleichmar y M. Burín (comps.), *Género, psicoanálisis y subjetividad* (pp. 212-240). Paidós.
- JUARROZ, R. (1958). *Poesía vertical*. Emecé.
- LAPLANCHE, J. (1980). *Problemáticas II. Castración. Simbolizaciones*. Amorrortu.

- PAHN, A. y ROITMAN DE WOSCOBOINIK, P. (1993). Las situaciones paradójales en el vínculo de pareja. *Actualidad Psicológica*, 18(199), 13-16.
- ROSA, J. (1989). Abstinencia y neutralidad. *Revista de Psicoterapia Psicoanalítica*, 3 (1), 39-44.
- STOLLER, R. (1968). *Sex and Gender*. Taylor and Francis.
- ULLOA, F. (1964). *Método clínico en psicología*. Universidad Nacional de Buenos Aires.
- WOOLF, V. (2018). *Orlando*. Lumen.